

AGENDA CIUDADANA

¿POR QUE EL EMPEÑO EN NEUTRALIZAR A AMLO ANTES DE COMPETIR?

Lorenzo Meyer

Leña al Fuego.- En principio, para los responsables de la conducción política de México debería ser prioritario atemperar y no exacerbar las numerosas divisiones, contradicciones y tensiones sociales, culturales, regionales y políticas que cruzan y dividen a la sociedad mexicana. Y sin embargo, todo apunta a que desde lo alto de la estructura de gobierno hay la voluntad de llevar al proceso político mexicano en una dirección distinta a la que aconsejaría el buen juicio, la prudencia y, sobre todo, el sentido de responsabilidad del estadista; se trata de una política que ya adquirió velocidad e inercia. En efecto, con motivo de las elecciones del 2006, el jefe del Ejecutivo pareciera dispuesto a conducir el cierre de su sexenio por la ruta de una confrontación política tan abierta como innecesaria. Y en nuestras circunstancias, una política donde se juega al todo o nada, puede fácilmente caer en la confrontación social –en despertar al famoso “México bronco”--, una situación muy poco propicia para que la recién ganada democracia mexicana eche raíces.

En un país como el nuestro, socialmente dividido y polarizado, donde al menos la mitad de la población vive en la pobreza y donde la desigualdad es evidente –en el arranque del siglo XXI el 20% menos favorecido de los mexicanos recibe apenas el 4.1% del ingreso disponible en tanto que el 20% más favorecido se queda con el 54.8%--, simplemente es imprudente, por no decir que demencial, que sea desde la cúspide de la clase política donde se esté trabajando con empeño para cerrar la válvula de escape que ofrece una elección donde estén presentes todas las fuerzas importantes, de tal manera que todos tengan un interés creado en preservar la institucionalidad política a pesar de la tensión social.

Las grandes contradicciones entre las clases, especialmente las surgidas en los últimos veinte años, son un material muy peligroso, inflamable. Hay que administrar esa contradicción con cuidado para que no salten chispas. Sin embargo, el empeño presidencial y de su partido por marginar al actual jefe de gobierno de la Ciudad de México, cuando ya representa a un buen número de aquellos que tienen motivos de sobra para sentirse agraviados por cargar con el costo del gran fracaso del modelo de desarrollo económico, puede producir chispas que caigan en la yesca.

La decisión de impedir por la vía judicial que se presente en la justa electoral quien hoy tiene la mayor aceptación entre los ciudadanos, no pareciera tener una explicación lógica. Al privilegiar instrumentos no electorales para desbancar al puntero en las encuestas de opinión de cara al 2006, el agravio que se hizo por tanto tiempo a la ciudadanía mediante la manipulación electoral –del triunfo de Alvaro Obregón con el total de los votos al triunfo, literalmente, increíble de Carlos Salinas sesenta años después--, va a resurgir en vez de desaparecer entre las brumas de la historia, como debería ser.

La esencia de la democracia moderna consiste en permitir de tarde en tarde al ciudadano común y corriente, elegir por mayoría y sin trampas, entre dos o más proyectos políticos claramente distintos. Limitar innecesariamente el rango de posibilidades hasta dejarlas en dos que no serían sino meras variantes de una sólo –PRI-PAN--, sería robar su esencia al gran instrumento de la democracia.

Si finalmente el proceso judicial echado a andar a principio de año se materializa y en el 2006 se impide la presencia de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) a la cabeza de la planilla del PRD con el poco convincente argumento de que en una ciudad de casi nueve millones de habitantes, alguien en la burocracia del D.F. no paró en debido tiempo y forma las obras emprendidas para abrir una calle de cien metros para dar servicio a un hospital

privado, se estarían abriendo para una parte importante de la población las anchas puertas de la incredulidad. Se estaría reforzando la ya muy alta desconfianza popular en la clase dirigente y, lo peor, en la capacidad del proceso democrático de poder representar bien los intereses de los menos favorecidos. Sin confianza en una democracia apenas en formación, se alienta la búsqueda de alternativas, y ninguna de esas posibles alternativas –de la protesta callejera a la violencia política organizada— puede ser mejor que la que se pretende cerrar: que libremente las campañas y las elecciones decidan si las propuestas de AMLO merecen o no el respaldo de la mayoría.

A estas alturas, todas las encuestas demuestran que hay una enorme falta de credibilidad de partes importantes de nuestra estructura institucional –se desconfía, y mucho, de todos los partidos políticos, de los diputados, de los senadores, de los jueces, de la policía, etcétera. Si a la lista anterior se le suma un Instituto Federal Electoral bajo sospecha de ser instrumento de la dupla PRI-PAN y, finalmente, se cancela la candidatura de un líder con un evidente apoyo entre los sectores populares, entonces se habrá dado un paso importante para echar a perder las posibilidades de éxito que se abrieron con la transición democrática y la alternancia en el poder.

¿Cuál es la Utilidad de Atropellar a una Izquierda que va Optó por la Vía Electoral y que Tiene que Funcionar Dentro del Esquema de Economía de Mercado?- Por mucho tiempo, quienes se propusieron con mayor pasión acelerar el cambio y el progreso social, se empeñaron en privilegiar y legitimar por sobre cualquier alternativa, la vía armada y violenta: la revolucionaria. Esos radicales construyeron toda una teoría para justificar el choque frontal con sus adversarios: ese no era sólo el mejor camino para acelerar la auténtica transformación social, sino, en realidad, el único posible, pues el reformismo era un engaño que terminaba en reforzar lo que se quería superar.

La idea motriz del planteamiento revolucionario consistía en privilegiar y exacerbar al máximo las contradicciones que cualquier sociedad albergaba en su seno, hasta que finalmente se generara en las capas más explotadas y donde la contradicción con el orden existente era mayor, la energía política suficiente para desatar su acción violenta y definitiva. Y para hacer saltar en pedazos un orden establecido había, entre otras cosas, que deslegitimarlo previamente y convertirlo a ojos de la mayoría en la quintaesencia de la injusticia y la inutilidad. Se admitía sin tapujos que el costo humano de este proceso tenía que ser alto pero eso realmente no importaba, pues al final estaba la gran recompensa: la posibilidad histórica –la certeza— de que se haría realidad la utopía.

Desde esta perspectiva, sólo a partir del choque abierto y sin mediación de los contrarios –de las clases con intereses materiales y morales contrapuestos y de los grupos organizados que las representaban-- se podía y debía echar abajo un sistema de organización económica y social que no sólo era injusto sino innecesario. Y era inviable porque todo y todos los que se beneficiaban de un orden establecido en la división de clases, en la explotación de los más por los menos, estaban destinados a ser un obstáculo al cambio y, finalmente, al progreso. Sólo reduciendo a escombros los intereses creados y a su entramado institucional –el sistema político y legal-- se podía proceder a edificar lo nuevo. Esa era la lógica íntima de la historia del desarrollo humano que por mucho tiempo asumió como propia la izquierda radical, esa que hoy ya no existe.

En contraste y opuesta a la visión revolucionaria, la visión de los conservadores siempre se inclinó por sostener al orden existente por todos los medios disponibles, por la fuerza de la violencia y la represión cada vez que fuera necesario, pero también por la fuerza de las ideas. El pensamiento conservador, particularmente el moderno, se ha inclinado por minimizar la naturaleza de las grandes contradicciones sociales y, sobre todo,

se ha empeñado en generar una gran dosis de escepticismo en relación a las bondades y costos del cambio rápido y profundo. En realidad niega que todo cambio rápido pueda ser realmente profundo y viceversa.

Para la visión conservadora del mundo, las imperfecciones del individuo y de la colectividad son inevitables; en realidad son parte del orden natural y, en ese sentido, son legítimas. Punto fundamental de esta visión de la derecha moderna, de Edmund Burke en el siglo XVIII a los neoconservadores hoy en el poder en el centro del sistema mundial -- Estados Unidos--, es que el cambio radical genera más costos y más problemas para la sociedad en su conjunto que los cambios paulatinos, “naturales”, negociados; esos que maduran y fructifican en varias generaciones. Desde esta perspectiva, resulta que el tiempo, el tiempo largo, es el mejor transformador, un transformador siempre parcial e imperfecto, pero el único verdadero que hay.

Desde la perspectiva de la derecha ilustrada y con sentido de la historia, la gran tarea de una dirigencia política inteligente y sabia, no es negar el cambio, sino administrarlo con inteligencia. La gran tarea es deslegitimar el pensamiento radical y, a la vez, administrar con tacto las contradicciones y las diferencias de los intereses de las clases sociales. Para esto último, lo peor es intentar una defensa numantina del status quo; por el contrario, conviene aceptar cierto grado de transformación visible mientras discretamente se resiste otro. Hay que ceder un poco, cooptar más y despertar en la imaginación colectiva la posibilidad y conformidad con soluciones paulatinas, con la promesa a futuro.

Una derecha mexicana inteligente debería aceptar y alentar, no sabotear burdamente, las posibilidades de canalizar la energía de una izquierda partidista que desde 1988 abandonó la opción revolucionaria y, a regañadientes unos y entusiasmo otros, abrazó la vía reformista; una izquierda que cuando utiliza la fuerza, como el EZLN, también se

limita. Una derecha mexicana inteligente no debería interesarse ni apasionarse por la defensa de los intereses de tal o cual interés particular, personaje, grupo o partido político, sino en la institucionalización del conjunto y a largo plazo. Y en el esquema de esa derecha inteligente –que quizá exista pero que hoy no es la que lleva las riendas--, la izquierda que se organiza alrededor del PRD y del liderazgo de AMLO, debería ser aceptada y alentada a participar abiertamente y sin engaños en la tarea de consolidar el sistema de administración pacífica de las contradicciones, es decir, de la democracia política y el Estado de derecho. Nada en el esquema planteado el domingo por AMLO en la Plaza de la Constitución pone realmente en peligro los intereses profundos de la derecha y de los conservadores inteligentes, implica apenas ciertos mínimos para que la idea de una nación mexicana –la solidaridad mínima interclasista— siga teniendo sentido a pesar de la existencia de un mar de pobres.

La Exclusión.- Dejar “a cualquier costo” al PRD sin AMLO, ya no podrá ser simplemente una operación para retornar a ese partido de izquierda a su 16% “normal” en la votación. El retorno a la “tranquilidad” de la disputa por el poder limitada al PRI y al PAN como en 1994 y en el 2000, ya no es posible, pues es imposible hacer que desaparezca de la imaginación de muchos la idea de que AMLO es hoy el puntero y que la historia del 2006, cualquiera que sea, podría haber sido otra si la contienda se hubiera “jugado a la buena”, si él hubiera sido candidato. Un AMLO echado a la fuerza de las papeletas del voto, haría que se volviera a repetir el reclamo de 1988, pero esta vez la mancha de la ilegitimidad no caería sobre un sistema caduco y destinado más temprano que tarde a desaparecer, sino sobre la infancia de la democracia que necesitamos para bien transitar por el futuro.

Si el proyecto de AMLO es populista, absurdo, simplista y fuera de tiempo como afirman sus adversarios, entonces la mejor manera de dejarlo al margen de la historia es permitir que compita en igualdad de circunstancias y que pierda. ¿No asegura Francis Fukuyama que la historia ya demostró que está del lado de los neoconservadores? ¿no acaso el paradigma neoliberal cuenta con el respaldo de los mejores teóricos del mundo? Si se puede triunfar de manera magnífica, contundente sobre el populismo ramplón ¿para que recurrir a ganar usando métodos tan burdos como el asunto de la construcción de una calle en un paraje desabitado? ¿Será que en México no hay derecha inteligente o será que lo que realmente se defiende son las redes antiguas de intereses como las del FOBAPROA?